

Lo que hay en los rincones

Cuatro veces, en su cabeza, apareció desnudo sobre otro cuerpo desnudo. Cuatro veces pasó, y luego decidió no volver al sueño. Cuatro veces le gustó lo que soñó; fue ese placer el que lo decidió a no retornar al dormir.

El hombre insomne ha comprado pastillas para mantenerse despierto, pero sabe que pronto tendrá que abandonar la vigilia. No pasará de los doce días; nadie lo ha hecho. Un poco más de una semana y media es el máximo tiempo que una persona ha permanecido sin reposo. «Si estoy muy agotado, nada podrá venir a mi cabeza», piensa. Espera un sueño profundo, sin alteraciones: descansar, solo descansar.

Se acuesta sin cerrar los ojos. La mujer que duerme a su lado nada sabe de sus sueños. Ya lo conoce bastante poco: hace tiempo que el desconocimiento también es parte de la convivencia.

Él ha comenzado a dudar.

El hombre insomne se levanta temprano y emprende el camino de la rutina: hijos al colegio, trabajo diario, alguna compra de vuelta, serie televisiva de moda, sexo con la mujer que duerme a su lado, un libro antes de dormir.

Querer y no querer; imposible transitar por ambos caminos. El hombre insomne aún no sabe qué ruta tomar. En realidad, se ha hecho una idea, pero no quiere pensar en ello como la única vía posible.

No dormir le dará tiempo para meditar sobre los pasos siguientes. A pesar de que su vida ha perdido el fulgor y mutado al tono de los frutos secos, quiere conservar esos sabores exentos de jugo en la boca.

Normal: nadie quiere renunciar a lo construido. Y al mismo tiempo, un techo no es suficiente. La vida exige más. Él lo sabe.

Antes, él y la mujer que duerme a su lado tenían nombres. El hombre insomne también es consciente de ser el hombre que duerme al lado de la mujer que duerme a su lado: son ambos artificios sobre un colchón. No es culpa de nadie; eso cree. Quizá ella también.

El viernes cierra los ojos; despierta el sábado por la tarde. Vuelve a cerrar los párpados esa noche; los abre el domingo al mediodía.

La mujer que duerme a su lado le pregunta: «¿por qué tan cansado? Has dormido todo el fin de semana». El hombre insomne le responde que ha tenido mucho trabajo y que está un poco estresado con los nuevos empleados; que no está hecho para enseñar. Ella no ha querido preguntarle por el chico nuevo que mencionó varias veces durante el fin de semana.

El chico nuevo llegó hace unos meses.

El hombre insomne mira los dedos del muchacho.

El chico nuevo coquetea todo el tiempo.

El hombre insomne está fascinado. No sabe cómo sacarlo de su cabeza.

El chico nuevo se deja querer.

El hombre insomne aún no se atreve.

El chico nuevo le llena el camino de pequeñas seducciones.

El hombre insomne las recoge y disfruta.

El chico nuevo lo ha besado.

El hombre insomne abre la boca.

El chico nuevo serpentea la lengua.

El hombre insomne también.

Los sueños comenzaron después de eso. Deseos más allá del entendimiento masculino. Él nació con testículos. Tiene una mujer; siempre ha estado con mujeres. No piensa en hombres, no desea a otros hombres. Se niega, retuerce su cuerpo, maltrata su macho, degrada la verdad hasta la abyección.

El hombre insomne evita al chico nuevo. La distancia no es una solución. Su cuerpo no abandona el sabor de la boca: el aliento cálido y varonil. Se masturba: una, dos, tres y más veces; no lo puede evitar. Se vuelve a negar; aun así, regresa siempre al sitio de la fascinación.

Piensa en el amor que descoloca. ¿Está enamorado? ¿Puede estar enamorado? Ya tiene años de vida; por qué no se puede controlar. Es un hombre joven al que desea; no es una mujer. Se grita: «¿qué me pasa? Es un muchacho. ¡Es un muchacho!». No está pasando por una simple crisis de edad. El sentimiento es inevitable. Todo se ha salido de lugar; debe volver al sendero, retomar el control.

La desnuda, la besa, la toca, la toma, pero no la goza. Ella tampoco disfruta. Una erección no basta para ser poseída y desatar la pasión. La posesión es interna; la entrega es propia. No darse también es un acto de desconocimiento. Solo es el hombre que duerme a su lado; solo es la mujer que duerme a su lado. Es todo lo que queda en ese rincón de la existencia.

Ya no hay retorno: el chico nuevo se ha convertido en el único horizonte. Cada vez que duerme, sueña. Ha decidido no volver a cerrar los ojos.

Todo el fin de semana lo tuvo en la cabeza. Soporta el trabajo de lunes a jueves. El viernes le pide que suba a su oficina. El chico nuevo no es tan nuevo. Se

besan, se tocan, se eyaculan. No vuelve a casa, no contesta el teléfono. Se ha vuelto loco. Se ha vuelto cuerdo.

El hombre insomne duerme abrazando al soñado.

El chico nuevo se deja soñar.

El hombre insomne lo despierta con un beso.

El chico nuevo le sonríe.

El hombre insomne le pide que vivan juntos.

El chico nuevo le vuelve a sonreír.

El hombre insomne le dice que lo ama.

El chico nuevo se ríe.

Todo ha terminado en una discusión, en que el hombre insomne sale perdiendo y abandona sin más el cuartucho de motel barato. El chico nuevo no siente culpa: un poco de sexo siempre ha sido bueno; que el otro se enamore no es asunto suyo.

El hombre insomne se arrepiente del amor.

La normalidad, la costumbre, la mujer que duerme a su lado: ¿por qué abandonó aquel espacio de tranquilidad?

Nunca existió ahí. No se puede dejar un lugar donde jamás se ha estado. La paz es una ilusión creada para adormecerse. El hombre insomne nunca ha despertado.